UNA ESPAÑOLA EN FINLANDIA

Elena TALAVERA

Lectora en la Universidad de Helsinki

Elena Talavera, lectora de la Universidad de Helsinki

Por ESPERANZA RUIZ-CRESPO

VALENCIANA, alta, arrogante, guapa. Complicada y preocupada por pleitos sentimentales, exactamente lo mismo que todas las muchachas españolas. Vehemencias acaloradas, titubeos, diálogo entre la razón y el sentimiento... Una más como mujer, pese a su extraordinaria personalidad moral. No influye en la psicología el clima en que desarrollamos las actividades que permiten nuestro bienestar; el alma permanece impregnada de la atmósfera peculiar a su primer ambiente.

Aunque Elena lleva unas gotas de sangre finlandesa en las venas. Contemos a grandes rasgos su anécdota. El abuelo, hombre de negocios en las Salinas de Torrevieja, iba y venía por el mundo con cierta frecuencia. Hablaba sueco, y en Finlandia, el caballero español, moreno, vehemente, clásico, enamora y se casa. Vinieron a vivir a Torrevieja. Muchos kilómetros y muchos días de distancia: en 1851—fecha de la romántica aventura—el viaje duraba mes y medio. En 1943, cuando Elena—la nieta—va y vuelve a Finlandia, volando sobre suelos en guerra, invierte tres o cuatro días en la misma distancia.

La finlandesa y el español tuvieron tres hijos muy rubios. Uno de ellos fué don Carlos Antonio Talavera, primer cónsul español, nombrado en 1949, que tuvo España al declararse la independencia de Finlandia, país, como es sabido, que fué sueco hasta 1809, y que aun conserva gustosamente mucha influencia de Suecia que de Rusia, hasta el punto de que sus habitantes emplean generalmente el idioma sueco como mejor medio de expresión.

Elena fué una niña normal; alegre, revoltosa, jugueto na... En su primer viaje—un veraneo—a la patria de la abuelita exótica, llamó la atención por sus trenzas muy negras—ella cuenta que por las calles le tocaban el pelo—y por la rítmica agilidad de sus movimientos. Para llegar a ser una profesora muy seria no es preciso haber sido una niña sin naturalidad.

Eso sí, fué muy estudiosa. A los quince años tenía su carrera de piano. A los dieciocho era maestra nacional. En la Universidad, y con matrícula de honor, cursa Pedagogía e Historia de la Pedagogía. Es auxiliar de Música en la Escuela Nacional. Dama enfermera. Habla francés, italiano, sueco...

Todo esto, en Valencia, su patria chica, y feudo de los rojos en los años duros y hermosos de nuestra Cruzada. Zona roja, terror, hambre y basura. La nacionalidad de la abuela finesa y el cargo desempeñado por don Carlos Talavera permiten la evasión. Toda la familia consigue embarcar en un hospital inglés. Temporal, dificultades, película de miedo. Pero once días después de abandonar la tierra valenciana llegan a Helsinki.

País nuevo, vida nueva

Se han acabado los lujos, los estudios y la comodidad. Hay que ganarse la vida. Cinco españoles sin dinero llegan a Finlandia. Los padres, una tía muy vieja y dos señoritas Talavera. Estas dos muchachas son las que van a levantar la casa y a sostener un cierto bienestar familiar.

Gracias a sus títulos universitarios, Elena encuentra pronto acogida. Los profesores de aquella Facultad le ofrecen el cargo de lectora de español. Para alcanzar el título de Filosofía se exige el conocimiento a fondo de alguna lengua latina. Y España, con América, sangre y raza, se enorgullece de su idioma tan valioso para agravesar fronteras y cruzar mares. Hay allí un viejo hispanista que se llama Tulio y explica castellano; pero es 'poco... Elena se enfrenta, con una bella posibilidad de ensanchar el conocimiento de su Patria.

Entre ella y su hermana se ocupan en seguida de reorganizar el Círculo Español—ahora es su presidenta—, en el que consiguen inscribir sesenta miembros, todos extranjeros, porque en Helsinki sólo hay una familia de origen español y unos españoles auténticos que son los del ministerio. Allí organizan fiestas conmovedoras: Reyes, Pascuas, verbenas, fallas... Versos y músicas de la Patria. Poco tiempo aquí, porque en 1941 el Ministerio de Asuntos Exteriores envía con nombramiento oficial a Elena Talavera como lectora de español en la Universidad de Helsinki. Y al abrir la matrícula—Agustín de Foxá, encargado de Negocios en aquel momento, participa de la alegría y la sorpresa—se encuentran con doscientas inscripciones.

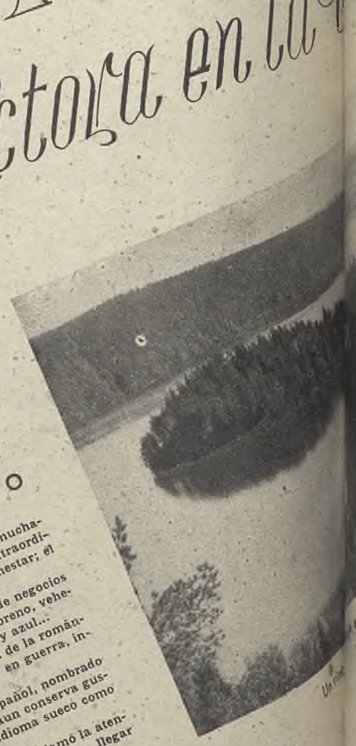
Al empezar la que allí llaman «guerra» de invierno—1939—regresaron a España. Poco tiempo aquí, porque en 1941 el Ministerio de Asuntos Exteriores envía con nombramiento oficial a Elena Talavera como lectora de español en la Universidad de Helsinki. Y al abrir la matrícula—Agustín de Foxá, encargado de Negocios en aquel momento, participa de la alegría y la sorpresa—se encuentran con doscientas inscripciones.

Gente varia, aunque casi toda de bastante edad. Sólo dos muchachitas—once y trece años—, que van con su padre, un obrero sólo desto. Y un magnífico caso de voluntad, porque Elena Talavera explica sus lecciones en sueco, y las chiquillas del obrero paciente y modesto toman conocen el finlandés—algo tan enrevesado y tan fuerte como el vasco—; con lo cual el obrero progresa...

Señores o señoritas viejas, abundantes. Pien los ojos de Elena cuando recuerda una figura consumida, sobre su aprendizaje el doble esfuerzo de traducirle a sus hijas lo que la profesora relata.

apenas visible entre abrigos y pieles, que debió ser hace muchos, muchos años, una mujer, y que no ha faltado un solo día a clase: «Llega antes que yo!»

Cuando empiezan a comprender frases y giros, la española se esfuerza en su labor. Hay que aprovechar todos los momentos para deshacer los tristes bulos de la leyenda negra. Así, relato y memoria de nuestros hechos y nuestras figuras: Mio Cid, Isabel y Fernando, Dos de Mayo, Descubrimiento de América... A propósito del Descubrimiento, cuenta Elena que asistía a sus clases un velete puero, muy tipo intelectual de literatura francesa, que había desempeñado en tiempos el cargo de profesor en la Universidad de Odessa. En uno de sus ejercicios, este sabio señor razonó a su manera que España había fracasado siempre en sus empeños de colonizar y



Un rincón en los altos de Aulanko

que siempre quiso imponer sus costumbres por la fuerza. Inquisición, mazmorras, tópicos de horror... Valenciana, y de la parte del puerto—habla Elena—, tuve que contenerme mucho para no saltar. Y me limité a leer párrafos contundentes que firmas y firmas autorizaban, en que se rebatía tanto absurdo monstruoso...»

Satisfacción alegre al terminar la clase: la mayoría de los alumnos se acercan respetuosos a la profesora y le indican su asombro porque ella no haya reaccionado con mayor energía arrojando al impertinente que hubiera debido aprender la Historia mejor...

Las clases duran tres horas: de 5 a 8. Mucho tiempo, porque la mentalidad nórdica es muy distinta a esta rapidez nuestra. Elena acaba fatigada. Es levantina, Señor, y cuando escucha las siglas apena puede dominar sus nervios. Pero ha de hacerlo por la doble razón de su ejemplo y... por vergüenza, porque aquellos seres tan estudiosos y tan graves siguen allí imperterritos y no paran en enterarse de que fuera de clase pasa nada.

Datos, cifras, asombro

Sí, sí; sorpresa. Porque no creo que la cifra de 405 alumnos matriculados este curso en la Universidad de Helsinki para aprender español le parezca a nadie un número normal. 405 seres rubios, blancos, muy serios, muy graves, muy estudiosos.

—Son calmosos, poco expresivos, un poco cámara lenta; pero magníficos y alentos.

Los fineses son buenos, mucho corazón...

—¿Para el amor también?—pregunta inevitable entre españolas.

—Ellos, claro, entienden el amor de otra manera. Mucho más... sencillo que nosotras. Ni celos ni esperas apasionadas. Pero también en Finlandia ha dejado simiente de Don Juan. Por ejemplo, aquel caballero muy alto, muy sonrosado—la verdad, guapo!—que un día intentó expresar a Elena con demasiada vehemencia su gran pasión. A ella le habían regalado unas maravillosas rosas encarnadas—hueiga decir la categoría lujosa de las flores en Finlandia—y estaba feliz con su aspecto y su aroma. Mas para... razonar y pedirle más calma a su adorador, hubo de esgrimir el ramo y acariciar sin mimo las narices del señor. Cuando llegó a su casa, la valenciana de sangre caliente y costumbres españolas exhibió orgullosa su trofeo: unos rabos verdes con pinchos y espinas...»

Helsinki—antes se llamaba Helsinfors—es una capital moderna, un poco neoyorquina, cómoda. Toda Finlandia no pasa de los tres millones y medio de habitantes. Sus mujeres trabajan, limpian las calles, sirven en los tranvías, desempeñan cargos y puestos de responsabilidad. Trabajan, en fin, todas. Y todas, porque entre dos que bien se quieren y se ayudan, pronto pueden resolverse los problemas, se pueden pronto casar. (Cinco marcos nos dan, si vamos tan lejos, por una peseta.)

Las casas son chiquitinas: dos o tres habitaciones. Y valen alrededor de los 500 marcos. (Cinco marcos nos ción vale alrededor de los 500 marcos. (Cinco marcos nos

Pocos católicos. Pero fieles cumplidores. Y variados, además; por ejemplo, en las funciones religiosas se han formado coros que son auténticas Torres de Babel, cuyos

(Continúa en la página 15.)

Paisaje nocturno. El río, helado

La Biblioteca y la Universidad

Sala de fiestas de la Universidad

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Y: revista para la mujer nacional-sindicalista. #70, 11/1943.